



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Carisma de un fundador P. Henri Systemans, ssc

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

CARISMA DE UN FUNDADOR

Carta Circular –21ª, Rvdmo. P. Henri Systemans.....	3
1. CARISMA DE UN FUNDADOR.....	3
2. VALOR ACTUAL DEL CARISMA DE UN FUNDADOR	4
3. FIDELIDAD AL CARISMA DEL FUNDADOR	6
4. FIDELIDAD E INVESTICACIÓN COMÚN	7

CARISMA DE UN FUNDADOR

Carta Circular –21^a
Rvdmo. P. Henri Systemans

Roma, annales, 1968, p.12-21.

De la corta Introducción a su Carta tomamos estos párrafos:
En nuestro compromiso en la Iglesia y el mundo de hoy, cuyas necesidades son cada vez más imperiosas, no nos debe hacer olvidar la inspiración original de nuestro Instituto. ¿No es, al contrario, la fidelidad a nuestros orígenes la que debe inspirar nuestro compromiso en el mundo actual y que dará a este compromiso su autenticidad y su eficacia?

Si lo deseáis, reflexionaremos juntos sobre el carisma propio a cada Instituto religioso y sobre la función actual al servicio de la Iglesia y de mundo. Ojalá puedan estas reflexiones incitarnos a buscar en el patrimonio de nuestro Instituto una doble posibilidad: la de permanecer fieles a la intención original de nuestros Fundadores y la de quedar abiertos a la Iglesia y al mundo de hoy.

1. CARISMA DE UN FUNDADOR

En la Iglesia de Cristo, consagrada humanamente al estancamiento, periódicamente el Espíritu ha suscitado profetas o santos para sacar a la luz uno u otro aspecto del mensaje evangélico. Sea porque este aspecto había caído en el olvido, o porque era ya útil a una época determinada.

La Iglesia por su ministerio jerárquico, ofrece a cada hombre el don fundamental de Dios, la filiación adoptiva; ella transmite a la humanidad el mensaje de la Buena Nueva, inmensamente rica de inspiraciones, de valores espirituales.

El Espíritu, por su parte, no está ligado al orden jerárquico y sacramental de la Iglesia. “*Sopla donde quiere*”¹. Distribuye sus carismas allí donde son más necesarios o útiles al crecimiento de la Iglesia. “*Él es quien ha dado a unos ser apóstoles, a otros ser profetas, o aún evangelistas, o bien pastores y doctores, organizado así a lo santos para la obra del ministerio en vistas a la construcción del Cuerpo de Cristo*”²

Aunque un Instituto religioso “no concierne a la estructura de la Iglesia”³, sin embargo se inserta en el movimiento carismático del Cuerpo de Cristo. Ha nacido bajo “el impulso del Espíritu Santo”⁴ Constituye un “don particular en la vida de la Iglesia”⁵.

¹ Jn. 3, 8.

² Eph. 4, 11-12

³ Lumen gentium, n. 44

⁴ Perfectae Caritatis, n. 1.

“En el origen de cada fundación existes siempre la percepción aguda por el Fundador de un cierto valor que poner más de, en relación de ordinario con una necesidad ordinaria con una necesidad de la Iglesia que llenar”⁶.

No es que otros valores evangélicos sean dejados en la sombra.- La norma suprema de todo Instituto religioso es la de “seguir a Cristo según la enseñanza del Evangelio”⁷, de todo el Evangelio. No escoger en el Evangelio más que los pasajes que agradan e ignorar el esto, sería una tentación fácil. Es el Evangelio entero el que realiza el Misterio Pascual.

Pero en este organismo vivo que es la Iglesia, un aspecto particular del mensaje evangélico, puesto en mayor luz por un cristiano, un grupo de cristiano o un instituto religioso, constituye un enriquecimiento para este organismo en el que “*el ojo no puede decir a la mano: no te necesito*”⁸.

El patrimonio de cada instituto religioso, constituido en el origen por el carisma del Fundador, enriquecido después por toda una tradición vivida⁹, significa un capital espiritual de que se benefician los mismos miembros del Instituto y todo el Cuerpo de Cristo¹⁰.

Nuestros venerables Fundadores nos han legado un patrimonio que permanece vivo en nuestro Instituto después de 150 años y que ha producido sus frutos espirituales en el alma de millares de hermanos y de hermanas, como en la misma Iglesia.

Espontáneamente plantearéis la pregunta: este patrimonio, ¿vale aún hoy?. Respondo: sí, a condición de que este patrimonio sea confrontado y ajustado a las circunstancias de la vida actual y que todas esas riquezas estén puestas al servicio de la Iglesia y el mundo de hoy.

2. VALOR ACTUAL DEL CARISMA DE UN FUNDADOR

El “aggiornamento” de la vida religiosa exige a la vez un retorno a las fuentes – Evangelio tal como la vio el Fundador- y una adaptación al tiempo actual. Reanudación de contacto con el espíritu de los orígenes y respuesta eficaz a la llamada del mundo en el que vivimos.

Hay que reconocer que la tarea no es fácil, que pedirá una reflexión y una búsqueda continuas, una flexibilidad tanto más ágil cuanto el mundo está y permanecerá en evolución constante. No nos admiremos, pues, de la incertidumbre y de la tensión – siempre incómodas- en las que viven los institutos religiosos en este tiempo pos-conciliar. Y no hemos llegado al final de las penas.

El espíritu del Concilio, sin embargo, permite las mayores esperanzas para el porvenir, en la medida en que serán aceptadas lealmente todas las exigencias de este Espíritu.

Un Instituto religioso cedería a una tentación de oportunismo o de pragmatismo si concentrara sus esfuerzos únicamente sobre la adaptación al mundo actual, con todos

⁵ Lumen Gentium, n. 13.

⁶ Tillard, Nov. Revue Théologique, juin 1967, p. 567-568

⁷ Perfectae Caritatis, n. 2, a.

⁸ I Cor. 12, 21.

⁹ Perfectae Caritatis, n. 2, b.

¹⁰ Lumen Gentium, n. 43.

sus síntomas de secularización. Este mundo actual efectivamente está lejos de garantizar la subsistencia de todos los valores, aún de los valores puramente humanos.

Igualmente se haría un mal camino, si se tomara como único criterio de renovación el retorno a las fuentes, aunque estas fuentes son evangélicas.

Porque por una parte la experiencia humana actual necesita de la luz evangélica y de otra parte el evangelio responde a las preguntas planteadas por el mundo de hoy, como ha respondido a las preocupaciones de ayer¹¹.

Cabría preguntarse si la fundación de decenas de institutos religiosos que nacieron después del nuestro en el siglo pasado¹², se explica únicamente por una multitud asombrosa de carismas. ¿Esta abundancia no será debida, en parte, a la falta de flexibilidad de las antiguas comunidades de cara a las necesidades concretas de la época? Esta limpieza superficial de las instituciones no es suficiente. Una pura concesión al mundo actual destruiría la jerarquía de los valores.

La “*accommodata renovatio*” de la vida religiosa exige una doble conversión, una que está íntimamente ligada a la otra, a saber: conversión a la moda, a las tendencias actuales de vivir y de pensar, y conversión a la fuente de la vida religiosa, al modo de apuntar hacia el objetivo. Y el Concilio año de que, sin esta segunda conversión, interna y espiritual, las mejores adaptaciones a las exigencias de nuestro tiempo no producirían sus frutos¹³.

No olvidemos que la comunidad religiosa es un signo de la comunidad eclesial, una pequeña iglesia en la gran Iglesia. Si la Iglesia es todo a la vez, Iglesia de Dios e Iglesia de los hombres, la comunidad religiosa no llenará su función en la Iglesia más que si ella mantiene su adhesión total a Cristo y su contacto continuo con los hombres.

Diréis sin duda que esta respuesta debe de ser dada por todo cristiano que quiere ser apóstol. Es verdad, Sin embargo el religioso aportará al mundo alguna cosa más, a condición de que él irradie la intuición evangélica de su Fundador y que traduzca esta intuición en gestos, en actitudes, en un lenguaje que la conviertan en perceptible para los hombres de su tiempo. Se trata aquí de fidelidad al Espíritu que ha hecho surgir un carisma en la Iglesia en vista de su mayor bien.

La nivelación, la “estandarización” de los institutos religiosos, que algunos creen ser el final normal de la evolución actual, significaría un empobrecimiento para la Iglesia y una infidelidad al Espíritu.

Bien entendido, cuando se habla de una vocación propia de un instituto no se trata de “pequeñas diferencias” añadidas al Evangelio o a la Iglesia de Cristo. Se trata de una valorización de todo el mensaje evangélico. Es decir, que se trata de una realidad eclesial.

Un instituto religioso debe considerarse no solamente *en* la Iglesia, sino *de* la Iglesia. Su vida no es otra cosa que la vida de la Iglesia, bajo una modalidad típica de expresión, según “un desarrollo especial” que “enriquece verdaderamente a la Iglesia y la revela a ella misma”. Porque la Iglesia “es un ser viviente que no se conoce mas que

¹¹ Cf. Schillebeeckx, Tijdschrift voor Theologie, 1967, n.1, p. 1-3

¹² Sobre 186 institutos religiosos, 135 han sido fundados después del comienzo del s. XIX, cr. Moulin, “Le monde vivant des religieux”, p. 302

¹³ Cf. Perfectae Caritatis, n. 2, e.

viviendo y no toma conciencia explícita de su propia ley y de sus posibilidades mas que ejerciéndolas¹⁴.

3. FIDELIDAD AL CARISMA DEL FUNDADOR

La fidelidad al carisma del Fundador permanecerá estéril si toma la forma de una nostalgia del pasado, si no distingue netamente la intención del Fundador y el contexto histórico en el que se expresó.

Un instituto religioso debe de ser capaz de “plantar en plena carne de nuestro siglo toda su densidad espiritual propia, auténticamente evangélica”¹⁵, tal como la ha legado el Fundador y tal como ella ha podido enriquecerse en el curso de la historia.

Las circunstancias actuales podrán obligarnos a transformar profundamente, incluso radicalmente, las estructuras y las formas de nuestra vida religiosa. Sin embargo su supervivencia permanecerá asegurada por el carisma profético que la hizo nacer y que debe encontrar o reencontrar su lugar en la Iglesia y el mundo de hoy.

Un instituto como el nuestro, cuya espiritualidad sigue muy de cerca las grandes líneas de la espiritualidad cristiana¹⁶, no sentirá pena alguna en proyectar en la Iglesia de hoy el carisma del Fundador.

Todavía es necesario conocer este carisma con certeza, so pena de infidelidad, al menos inconsciente. El espíritu de nuestros Fundadores es una realidad histórica que aparece en un momento dado de la historia de la Iglesia y que ha obtenido el reconocimiento de su valor evangélico y eclesial.

Para extraer este carisma d su contexto histórico caducado y retener su valor viviente y actual, es urgente e indispensable un conocimiento profundo de nuestros Fundadores, de su historia, de sus escritos. Tanto más que entre nosotros, a diferencia de otros institutos religiosos, las investigaciones críticas y científicas sobre nuestros orígenes no han llegado muy lejos.

Sin duda, la tradición vivida en nuestro Instituto después de más de 150 años, guarda todo su valor. Pero en este tiempo decisivo de “aggiornamento”, antes de presentar, en una “Regla de vida”, una síntesis sólida de nuestra vocación en la Iglesia y de todos sus componentes, será necesario confrontar la tradición vivida con las intenciones ciertas de nuestros Fundadores. Porque, en primer lugar, es de su carisma del que se necesita estar seguros.

En vista a proceder a esta investigación histórica crítica, hemos decidido, con el acuerdo de los Provinciales y Vice-Provinciales reunidos en Roma en el mes de junio pasado, constituir una subcomisión histórica, que ayudará a la Comisión de espiritualidad en sus trabajos.

La tarea de esta subcomisión será la de estudiar en nuestras fuentes congreganistas, la fisonomía espiritual del Buen Padre, su carisma, la evolución de su pensamiento sobre el Instituto, la parte que ha tomad la Buena Madre en la fundación. Los resultados de

¹⁴ Y.-M. Congar, “.Chrétiens desunís”, Unam Sanctam, p. 318.

¹⁵ Tillard, Vatican II, Unam Sanctam, n. 62, p.111

¹⁶ Cfr. XXª Carta circular, 1 setiembre 1966, p. 9-10

estas investigaciones se darán a conocer a todos vosotros, p. ej. en las “Cahiers de spiritualité” o en otro órgano de comunicación eficaz.

4. FIDELIDAD E INVESTICACIÓN COMÚN

Mientras esperamos los resultados de la investigación estrictamente histórica, nuestro espíritu, nuestra tradición deben permanecer vivas y abiertas al mundo actual.

So pena de permanecer letra muerta, confinada en los libros o los documentos, toda investigación de renovación, de adaptación, debe ser la expresión de un espíritu viviente en un cuerpo orgánico, perpetuamente en crecimiento y evolución.

Es por tanto absolutamente necesario que la Comisión central de espiritualidad permanezca a la escucha de lo que vive en la Congregación y que sus trabajos se desarrollen en armonía con la realidad vivida.

Sólo un diálogo continuo con las Provincias, con las comisiones provinciales de espiritualidad o de vida religiosa, permitirá a la comisión central elaborar una “Regla de vida” que, permaneciendo fiel a nuestros orígenes, responda al mismo tiempo a la vida real del Instituto.

¿No ha insistido el Concilio sobre la necesidad de “concurso de todos los miembros del Instituto” para llegar a una “renovación eficaz y una justa adaptación? Porque “todos trabajan en la edificación del Cuerpo de Cristo según el designo de Dios”¹⁷

Esta participación de todos en la búsqueda del bien común no es más que la expresión de la comunión fraterna, dimensión fundamental de toda comunidad eclesial. Uno de los mayores beneficios del Concilio es precisamente el haber despertado en la Iglesia el espíritu de comunión.

Desearíais tomar a menudo como tema de diálogo, p.ej. en capítulo de la casa, uno de los aspectos de nuestra vocación congreganista en la Iglesia y en el mundo de hoy. La comisión central os proporcionaría los materiales sobre ello. A su vez ella espera de vosotros que le comunicuéis los resultados de vuestros diálogos comunitarios y de vuestras reflexiones personales.

Los “Cuadernos de espiritualidad” deberían ser, más que para el pasado, un órgano de diálogo continuado y la realidad viviente en el Instituto.

* * * * *

Queridos Hermanos y Hermanas, no podemos celebrar los aniversarios de nuestros venerados Fundadores, honrar más fielmente su memoria, que fortificando nuestra fidelidad a su espíritu y afirmando con clarividencia nuestra respuesta a la llamada del mundo de hoy.

Nuestros Fundadores han querido que su Instituto adopte un estilo de vida apostólica, es decir, que nuestra vida y nuestra oración, personales y comunitarias, estén orientadas al apostolado, manifestando con todo el equilibrio indispensable entre la acción y la oración. Su preocupación por responder a las necesidades de la Iglesia y del mundo de su tiempo no deja ninguna duda. El ministerio del Padre Coudrin, por

¹⁷ Perfectae carittis, n. 4 y 14

ejemplo, al servicio de diferentes diócesis, su esfuerzo misionero, en Francia y en los países lejanos, dicen mucho en este asunto. Tenemos “misión de contemplar, de hacer presente, y de anunciar en el mundo el Amor redentor de Dios, tal como se ha manifestado en el Verbo de Dios hecho carne, bajo la imagen de su Corazón traspasado, y en el Corazón de la Virgen María, Madre de Cristo y nuestra”¹⁸. Es decir que la motivación profunda de nuestra vida personal y comunitaria, de nuestro apostolado, recoge la idea maestra de la redención: el amor, la caridad, este ágape tan puesto de relieve hoy. Sería sin duda útil despojar el culto del Corazón de Jesús de todo cuanto le ha hecho pesado a lo largo de los siglos y volver a su origen bíblico, a saber: el costado de Cristo traspasado sobre a Cruz, , de donde brotan la sangre y el agua y que nos presenta el resumen simbólico de todo el Misterio pascual^{18 b}.

Conscientes del pecado “que pone obstáculos al Amor salvador de Dios, queremos seguir a Cristo asociándonos a su obra redentora, reparación de pecado, y ofrecemos “*sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo*”¹⁹. El culto eucarístico forma parte de nuestra razón de ser en la Iglesia, y no podemos mas que gozarnos por ello. Mantenemos sin embargo que la celebración eucarística, tan felizmente valorizada después del Concilio, no nos es suficiente. La adoración de la Eucaristía, “como prolongación de la Misa”, nos permite “participar más profundamente en el Misterio pascual” y ofrecer un testimonio público “de nuestra fe en la presencia del Señor”²⁰. Sería reprobable que una flexión de nuestro culto eucarístico disminuyese una riqueza innegable de nuestro patrimonio. . “¿Quién podrá decir cuánto la Presencia eucarística ha despertado la fe, alimentado el amor y mantenido la fidelidad?”²¹.

A buen seguro, los elementos de nuestra vocación deben de ser repensados a la luz de la teología posconciliar y de las preocupaciones actuales, prestando toda nuestra atención a los “*signos de los tiempos*”²²; deben de traducirse en un lenguaje que hable a nuestros contemporáneos. Su formulación será expresada con toda la delicadeza necesaria al desarrollo de la vocación personal de cada uno. A esta búsqueda es a la que os invito encarecidamente, en colaboración con la Comisión de espiritualidad.

Sigue siendo necesario acordarnos que esta búsqueda será fructuosa en la medida en que esté animada por la voluntad de mantenernos en la fidelidad a nuestros orígenes. El espíritu de nuestro Instituto no permanecerá vivo más que si es *vivido* por cada uno de nosotros.

Dado en Roma, el 1 de agosto 1967

H. HENRI SYSTEMMANS SS.CC.
Superior General

Por mandato de nuestro Rvdmo. Padre
H. Marie- Bernard Lavanant ss.cc.
Secretario General

¹⁸ Constitutions, art 4, 1º.

^{18 b} Cf. en otro estudio de esta colección , “Me ha amado”, P. Glotin, s.j.

¹⁹ I Pe. 2,5.

²⁰ Instrucción sobre el Culto del Misterio eucarístico. 25 mayo 1967, n. 49-50.

²¹ Card. Garrone, “Parole de Pain”, julio-agosto 1967, 260.

²² Mat. 16, 4.